



CAPITULO X.

El patriarca del Sur.

No sin hacer un gran esfuerzo de voluntad, el autor de esta narración pasa en silencio los magníficos episodios que se desarrollaron después de la fuga del déspota mexicano que tantos torrentes hizo correr de sangre y de lágrimas, y tantos girones de territorio hizo perder á la República, pues que por una parte tiene la urgencia de llegar á los asuntos que forman el nudo principal de su trabajo, y por otra abriga la creencia de que sus lectores conocen, así los sucesos como los notables documentos que vieron la luz pública en el año de 1855; sólo muy de paso es fuerza decir que Comonfort, el caudillo principal de aquella grandiosa revolución, no sólo tuvo que vencer en varios combates los ejércitos del Dictador en Michoacán, Colima y Jalisco, sino también á los diversos ambiciosos que quisieron aprovecharse de las circunstancias

para apoderarse de la situación con diversas actas de pronunciamiento en San Luis Potosí, Guanajuato, Monterrey y la Capital misma, sobreponiéndose á todos y estrechándoles de tal suerte, moral y físicamente, que vinieron á reconocer el plan de Ayutla como la única ley á que por el momento tenían que sujetarse, lo cual dió lugar á que el general don Juan Alvarez viniera con sus soldados desde las montañas del Sur en donde tenía su cuartel general, á Iguala primero, acompañado del Lic. Benito Juárez que le servía de secretario, y quien sin duda alguna le redactó las interesantes proclamas que levantaron tan alto el prestigio de aquel veterano de la independencia nacional, y después de nombrar la junta de representantes, á Cuernavaca, punto designado para que aquella eligiera un Presidente interino, debiendo quedar solemnemente instalada el día 4 de Octubre.

Hecha esta ligera reseña, vamos á dejar la palabra á los políticos que ni un momento habían dejado de estar en lucha para apoderarse de aquella situación, nada envidiable por cierto, una vez que el Dictador había dejado el país casi aniquilado.

En el alojamiento que ocupaba don Melchor Ocampo, en una salita que tenía una ventana á la calle, estaban con él don Guillermo Prieto, don Benito Juárez y don Ramón I. Alcaraz. Don Guillermo Prieto dijo:

—Muchachos: vengo de estar con don Juan Alvarez y lo he visto asediado por los moderados, quienes le instan para que nulifique la lista de representantes hecha en Iguala y acepte la que mandó Comonfort por conducto de Lafragua. ¿Qué hacemos?

—Yo respondo de que el general Alvarez no se pondrá en ridículo destruyendo su obra, contestó Juárez. En-

tre los dos formamos la lista, aquí está la mayor parte de las personas que en ella figuran, y aunque el mismo Comonfort viniera y se lo pidiera de rodillas, no daría un paso atrás. Conozco á mi hombre.

—Ya saben ustedes que los moderados son hipócritas, continuó diciendo Prieto, y cuando ni delante de mí se han contenido, es que ya tienen bien trabajado el ánimo del general.

—Repito que yo respondo de que no se doblegará.

Ocampo, que se había quedado pensativo, replicó á Juárez con mucha calma:

—En efecto, el general Alvarez es terco como un montañez, y lo más probable es que no ceje; pero nosotros debemos estar de todas maneras con el ojo alerta contra las maniobras de esa gente que es muy ducha para la intriga.

—¿Qué opina de esto el amigo Alcaraz? preguntó Prieto.

Alcaraz, como saliendo de un sueño, contestó luego:

—Opino lo mismo que el señor Ocampo: debemos velar sobre los moderados, á fin de que no se nos encaramen como tantas veces lo han hecho.

—Aquí lo grave, continuó diciendo Ocampo, es que Comonfort parece proteger al elemento moderado y es necesario fijarse en que Alvarez está muy viejo y en que el otro es el personaje del porvenir.

—Alvarez está aún vigoroso, y de derecho, como que es el jefe más caracterizado, le corresponde la presidencia, dijo don Benito.

—Lo mejor sería que nos quitáramos de militares y

nos fijáramos en un paisano enérgico. Yo propondría á Ocampo ó á Gómez Farías.

—No, no; contestó vivamente Ocampo, cuando la revolución está latente, cuando hay todavía tantas ambiciones que doblegar, cuando conviene dar una buena organización al ejército, cuando en fin estamos todos tan divididos, se necesita que pese aún por muchos años el sable del soldado en la balanza de nuestra justicia. Yo, por mi parte, renunciaría el puesto si hubiera locos que me lo dieran.

—Dice bien el señor Ocampo, murmuró Juárez, por ahora no hay que pensar más que en un soldado.

—O en un paisano que sepa manejar generales, dijo Alcaraz.

—En la junta será donde midamos nuestras fuerzas, agregó Ocampo levantándose, por ahora lo que más nos conviene es no dejar al general Alvarez ni un momento bajo la influencia de los moderados.

Convinieron todos en que la observación era justa, y se encaminaron al alojamiento del general en jefe de la revolución, en cuya compañía estuvieron hasta muy entrada la noche.

Entretanto, al oscurecer se habían reunido hasta unas nueve personas en el alojamiento de don José M. Lafragua, reconocido por aquel entonces como jefe del partido moderado. Entre esas personas se veían algunas de muy alto porte, tales como don José M. Lacunza, don Mariano Riva Palacio, don Mariano Yáñez, don José M. Cortés y Esparza y don Ezequiel Montes.

Lacunza y Riva Palacio llegaron de la calle, y éste dijo á los que allí estaban que parecían estarlos esperando con ansiedad:

—Nos ha sido imposible hablar al general Alvarez: lo tienen enteramente bloqueado Ocampo y Juárez.

—Hubiera sido inútil, contestó Lafragua con cierto despecho: el general se rehúsa por ahora á aumentar el número de miembros para la Junta.

—Pero es que varias fracciones de la República no tienen representación, murmuró Montes.

—A pesar de eso, siguió diciendo Lafragua, Alvarez, sostenido por el grupo de sus consejeros, insiste en que no ha de alterar la lista que formó en Iguala, manifiesta que todos los nombrados contestaron aceptando, y que si alguno falta, no puede sustituirlo con ningun otro porque el plan de Ayutla no dice que se nombren también suplentes.

—No son suplentes, son representantes en sustitución de los que no han venido, dijo Riva Palacio, agregando luego: el que nombró á los primeros, puede con las mismas facultades nombrar á los segundos.

—¿Y qué sucedería si fueran llegando á la hora de estarse celebrando la Junta? preguntó Saborío.

—Ocuparían indudablemente sus puestos que les dejarían libre los sustitutos. Lo que yo defiendo es que nadie se quede sin representación en un acto tan solemne.

—Tanto más, agregó Lafragua, cuanto que yo he traído una lista completa que envió Comonfort por mi conducto, en la cual tienen representación Tehuantepec, el Carmen y California.

—¿Y qué ha dicho Alvarez respecto de la lista de Comonfort? preguntó Lacunza.

—Lo mismo de siempre, contestó Lafragua, que él cumplió lisa y llanamente con un precepto del plan de Ayutla, y que por más que quiera y considere á Comon-

fort, no puede acatar ese deseo que considera hasta cierto punto pueril.

—¡Pueril y de lo que resuelva esa Junta depende todo el porvenir de la República! exclamó Yáñez.

—Yo diré á ustedes, muy en reserva, manifestó Lafragua, que el general Alvarez me ha dicho que no desea ni quiere ser nombrado Presidente, y que influirá con sus amigos de la Junta para que designen á Comonfort.

—¿Y creen ustedes que los exaltados van á hacer caso de su recomendación, en el evento de que la haga? preguntó Lacunza.

—Eso dependerá de la forma, contestó Lafragua. Si Alvarez les expone con toda sinceridad, como yo se lo he insinuado, cuáles son los peligros que amenazan al país si cae el poder en manos de los puros, es decir, en sus manos, puesto que es el elemento que lo viene rodeando desde que salió de Iguala, si él les dice, como me lo ha dicho á mí, que el clima de México lo matará y que no tendrá fuerzas ni carácter para arrollar tantos obstáculos como se están presentando, ni tampoco voluntad para sobreponerse á la inmensa aureola de popularidad que trae Comonfort, tendrán que transigir con la razón.

—No transigirán con nada, dijo Yáñez.

—Nos quedará todavía un recurso.

—¿Cuál?

—La renuncia de Alvarez si resulta nombrado.

—¿Renunciará?

—Lo haremos renunciar, si no aquí, en México.

—Es verdad, concluyó diciendo Yáñez con tono de convicción, si no es ahora será mañana, una vez que tengamos de las orejas á Comonfort.

Ya se sabe lo que pasó después.

Al día siguiente se reunieron veinte representantes, faltando seis de los nombrados por Alvarez; éste los excitó á que se fijaran para Presidente de la República en una persona digna, y dejándolos instalados en la sala destinada al efecto, dieron principio á sus trabajos á las once de la mañana, y á las doce estaba hecha la votación en la forma siguiente:

Don Santiago Vidaurri obtuvo un voto de don Juan N. Navarro.

Comonfort no recibió más que los votos de don Diego Alvarez, don Joaquín Cordero y don José M. Lafragua.

Por don Melchor Ocampo votaron Guillermo Prieto, Ramón Alcaraz y Francisco González.

Y por don Juan Alvarez, don Vicente Romero, don Francisco de P. Cendejas, don Félix Zuloaga, don José de la Bárcena, don Jesús Anaya, don Sabás Iturbide, don Melchor Ocampo, don Benito Juárez, don Mariano O. de Montellano, don José M. del Río, don Juan N. Vera, don Ignacio Cid del Prado, don Joaquín Moreno, don Eleuterio Méndez, don Valentín Cómez Farías y don Manuel Zetina Abad. Total 16 votos, con los que bastaron para que Alvarez fuera proclamado Presidente de la República, prestando luego el juramento de guardar y hacer guardar el plan de Ayutla como la ley suprema de la revolución triunfante.

A renglón seguido Alvarez nombró los siguientes ministros: de Relaciones, Melchor Ocampo; de Justicia, Benito Juárez; de Hacienda, Guillermo Prieto y de Guerra al general Ignacio Comonfort.

He aquí, pues, al indito de Guelatao, después de una vida llena de azares y de incertidumbres, ocupando ya, debido á sus solos méritos, un puesto de los más importan-

tes en la nueva administración pública y señalado como uno de los corifeos del partido liberal.

Entre tanto, el general Comonfort, que se había convertido por sus victorias y por su conducta guerrera en el ídolo del pueblo mexicano, detenido en todas partes por las mil ovaciones que se le tributaban, no pudo llegar á Cuernavaca sino cuando ya estaba allí funcionando, con muchas dificultades por cierto y en reducida esfera de acción, el nuevo gobierno.

Nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del ejército por el Presidente Alvarez, se dirigió desde luego á la Capital, en donde fué recibido con verdadero entusiasmo popular. Nada había de fingido, nada había de artificial, nada de afectado: el júbilo fué unánime y espontáneo. Las gentes lloraban de alegría saludando y victoreando al libertador, al héroe, al vencedor de la oprobiosa tiranía que había pesado como plomo derretido sobre la mayoría de los mexicanos.

Entre tanto, el general Alvarez, por miedo tal vez á los políticos de la Capital, se había hecho piedra en Cuernavaca, y sólo en virtud de que se le hizo ver que el clamor de la opinión pública manifestado por medio de la prensa le estaba exigiendo que ya no permaneciera arrinconado con su gobierno, convino en irse aproximando poco á poco, hasta hacer su entrada, también triunfal, el 15 de Noviembre, cuando ya las escarchas comenzaban á explicarse y que podían causar deterioro en su salud.

El ministerio del Presidente interino había llegado trunco á la Capital, pues Comonfort y Ocampo habían caminado en desacuerdo desde que el primero parecía haberse unido al partido liberal moderado, siendo el segundo

uno de los corifeos del partido liberal avanzado, que en aquella época se llamaba *puro*.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué la ley de administración de justicia, que medio abolía los fueros eclesiástico y de guerra, medida que produjo una grita espantosa entre los miembros de la iglesia y los militares, dando un pretexto á los conspiradores, entre los que fueron señalados el padre Miranda, Haro, Uraga y otros, para que idearan planes descabellados como uno en que se proclamaba la vieja Constitución de 1824, dejando al Sumo Pontífice la facultad de que hiciera modificaciones.

De esto también se aprovecharon los que tanto temían á Alvarez, para hacerle entender que se necesitaba de una mano más vigorosa para que se pudiera dominar la situación que se veía preñada de espesos nubarrones. Sea por esto, ó porque realmente el invierno estuviera haciendo mella en la trabajada naturaleza del anciano patriota del Sur, fué á dar al extremo que los moderados buscaban, esto es, á ofrecer el gobierno al general Comonfort. Este por cálculo ó con buena fe, temiendo las intrigas que le había de tejer el partido puro, se rehusó mucho, hasta que el mismo Alvarez fué á su casa á rogarle casi de rodillas que lo aceptara.

Hasta el día 11 de Diciembre se decidió el general Ignacio Comonfort á recibir el poder, como si fuera un mueble de traspaso, sin más formalidades que un simple decreto del gobierno.

El general Alvarez dió una proclama de despedida explicando el desbarajuste que en todos los ramos de la administración había dejado la dictadura, de todo lo que algo, aunque fuera muy poco, se había ya enmendado, y

luego cuando ya iba en camino para su tierra esto que todos los historiadores, y nosotros también, han considerado como digno de escribirse con letras de oro:

«Pobre entré en la Presidencia, escribió el general Alvarez, y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria.»

¡Y eso que el general Alvarez había visto muy poco de lo que se ha seguido viendo después en nuestra desgraciada República, cuando hasta simples gobernadores de Estado han podido formarse capitales fabulosos, sin más trabajo que tomarlos de los fondos públicos!

Naturalmente con la elevación de Comonfort al poder, cayó don Benito Juárez, quien á poco, no queriéndose seguramente que quedaran sin ocupación sus energías, fué nombrado gobernador de Oaxaca.

Ya tendremos ocasión de encontrarle con más frecuencia en lo que va á seguir de nuestra narración.



CAPITULO XI.

El gran banquete.

ACABABAN de dar los clamores de las ocho de la noche, como se llamaba entonces á las campanadas que se daban en las iglesias á esa hora, cuando entró un hombre vestido de negro, y muy embozado, á la casa del general don Antonio Haro y Tamariz, con el cual estaban á la sazón dos personajes que eran el general don Francisco Pacheco y el general don Agustín Zires.

—Que entre luego, que entre luego, dijo Haro al asistente que le había llevado una palabra del recién venido.

Y al entrar el embozado al gabinete que aquellos ocupaban, y al tirar el embozo y dar la mano á Haro, continuó diciendo éste á sus compañeros:

—Señores, les presento á ustedes al cura de Zacapoaxtla.

Los generales Pacheco y Zires exclamaron llenos de asombro:

—¡Cómo! ¿es posible?

—Francisco Ortega y García, dijo el cura tendiéndoles también la mano, desde luego que comprendió que eran amigos de quienes nada tenía que temer.

—Pero es increíble, exclamó Pacheco, ¿no es el señor cura el pronunciado de Zacapoaxtla?

—El mismo, contestó Haro y Tamariz.

—Me parece que es exponerse mucho entrar á la Capital en estas circunstancias.

—Nadie me conoce, contestó el sacerdote, y además tomo las precauciones que son necesarias. Aquí cerca tengo tres hombres que juntos conmigo formamos un ejército.

—No tenemos tiempo que perder, dijo Haro interrumpiendo aquellas efusiones. Sentémonos y hablemos.

—Tanto más, agregó el cura, cuanto que tengo que salir por la garita antes de las nueve de la noche para no llamar la atención.

Los generales obedecieron y se sentaron alrededor de una mesa en que había un candelabro con luces y sobre ella útiles de escribir, periódicos, libros y papeles manuscritos.

—Nosotros, señor cura, comenzó diciendo Haro, hemos estado aquí muy inquietos al saber que el señor obispo de Puebla ha desaprobado el movimiento en Zacapoaxtla.

El cura se sonrió, contestando con voz clara:

—Esa desaprobación es aparente, para que no se muevan contra él las iras del gobierno. Buen cuidado tuvo Su Ilma. de mandarme decir con un comisionado que

siguiera adelante, procurando siempre obrar en consonancia con el directorio de México.

—¿Entonces qué significa el plan que usted ha proclamado dando por causales las amenazas del gobierno contra el obispo?

—Ese plan fué el primero que se me ocurrió; pero estoy dispuesto á modificarlo, de acuerdo con ustedes.

—Entonces, antes que todo, debemos dar á conocer á usted el que nosotros hemos condimentado.

—Lo oiré leer con gusto.

Entonces Haro y Tamariz, con entonación grave, dió lectura al célebre plan monárquico aquel, que según decían malas lenguas había sido redactado por el padre Miranda, en el cual se proclamaba emperador al mayor de los Iturbides, llamado también don Agustín, como el primero.

—Bueno, dijo el eclesiástico luego que terminó la lectura, difiere algo del mío en algunas cosas; pero está de acuerdo en lo principal, que es en la proclamación de «religión y fueros.» El señor obispo me mandó recomendación para que sostuviera firme esa bandera.

—Pero esa bandera tiene que ser enarbolada por una mano fuerte, dijo Haro.

—¿Y será fuerte la mano del señor Iturbide?

—¡Ah! respecto de eso, exclamó Pacheco que estaba con muchos deseos de decir algo, hay buenos informes.

—Y hay el prestigio de su nombre, continuó diciendo Haro, el cual será sostenido por los más grandes elementos que tiene la República: la iglesia y el ejército.

—Y la verdad es, contestó el cura ya convencido, que en los pueblos de indios suena mejor la palabra emperador ó rey, que la de Presidente.

—En ese caso, ¿podemos contar con usted para nuestro plan, señor cura?

—Por de pronto seguiré con el mío, que no pinta tan mal; pero cuando ustedes proclamen el suyo, lo secundaré con mis fuerzas.

—Arreglado. Ahora díganos usted lo que necesita.

—Que tan luego como ustedes puedan me manden algunas municiones y una imprenta.

—Lo haremos tan pronto como podamos.

—Y algún buen oficial para que me instruya mi tropa.

—Todo lo que usted quiera, y nosotros podamos, le mandaremos.

—Y con permiso de ustedes me retiro.

—¿No se lleva usted una copia del plan, señor cura?

—Nada de papeles comprometedores. Ya saben ustedes que cuentan conmigo, y yo sé del mismo modo que cuento con ustedes.

—Y dígame usted, señor cura, preguntó Zires ya de pié y estrechando con sus dos manos una del eclesiástico, ¿no teme usted que estando ausente les pase algo á sus tropas?

El padre Ortega y García contestó riéndose:

—Mis tropas sólo se dejan ver cuando quieren . . . para eso tienen muchos escondrijos.

Bebió un trago de aguardiente que le ofreció Haro, se despidió y se fué.

En el mesón próximo lo esperaban sus hombres con su caballo ensillado, montó en él con donaire y salieron paso á paso de la Capital como si fueran hombres de campo que se retiraran á su hacienda.

Entre tanto los tres generales se habían quedado res-tregándose las manos de puro contento, diciendo Haro con efusión:

—¡Este es todo un hombre!

—¡Muy audaz! exclamó Zires.

—Yo le encuentro el aire de Morelos, dijo por su parte Pacheco.

Y habían dado apenas estas muestras de regocijo, cuando el asistente se presentó diciendo que allí estaba un señor que decía ser amigo.

—¡Que diga su nombre! exclamó Tamariz.

—Ignacio Comonfort, dijo el desconocido que había seguido de muy cerca al criado.

Los tres generales se quedaron de una pieza.

Viendo Comonfort que nada decían, siguió hablando así:

—Me fueron á avisar que estaban ustedes conspirando con un padre que vino de Puebla, ví salir á éste y pude mandarlo coger si me hubiera venido el antojo; pero somos amigos y he preferido entrar á conspirar con ustedes.

Haro fué el primero que volvió en sí, y dijo todavía con la voz temblorosa ofreciendo una silla:

—Siéntese V. E.

Comonfort se sentó y dijo:

—Pueden ustedes continuar: somos amigos.

—Señor Presidente, dijo Zires atragantándose, nosotros no somos conspiradores.

—No somos conspiradores, apoyó Pacheco.

—Entonces, ¿qué fué lo que ustedes hablaron con el clérigo?

—No hay clérigo ninguno que haya venido, dijo audazmente Tamariz.

—¡Si yo lo he visto!

—Puede V. E. haberse engañado.

—Bueno: pueden ustedes negar cuanto gusten, lo cual no destruye en modo alguno los datos que yo tengo para saber que ustedes conspiran. Ahora no vengo aquí como Presidente sino como amigo. Deseo saber lo que ustedes pretenden, lo que se proponen, lo que desean, y acaso podré complacerlos. De veras se los digo: no quiero emplear con ustedes medidas de rigor.

—Se nos ha calumniado si alguno á ido á contar á V. E. semejante historia. V. E. sabe que lo estimo, que soy su amigo leal y que esa amistad fué la que me estrechó á desistir del plan de San Luis que tenía mil probabilidades de triunfo, contestó Haro alcanzando apenas aliento.

—Peor es meneallo, contestó Comonfort riéndose. ¿Me dan ustedes su palabra de honor de que van á permanecer quietos en lo sucesivo y de que nada harán en mi contra sin participármelo?

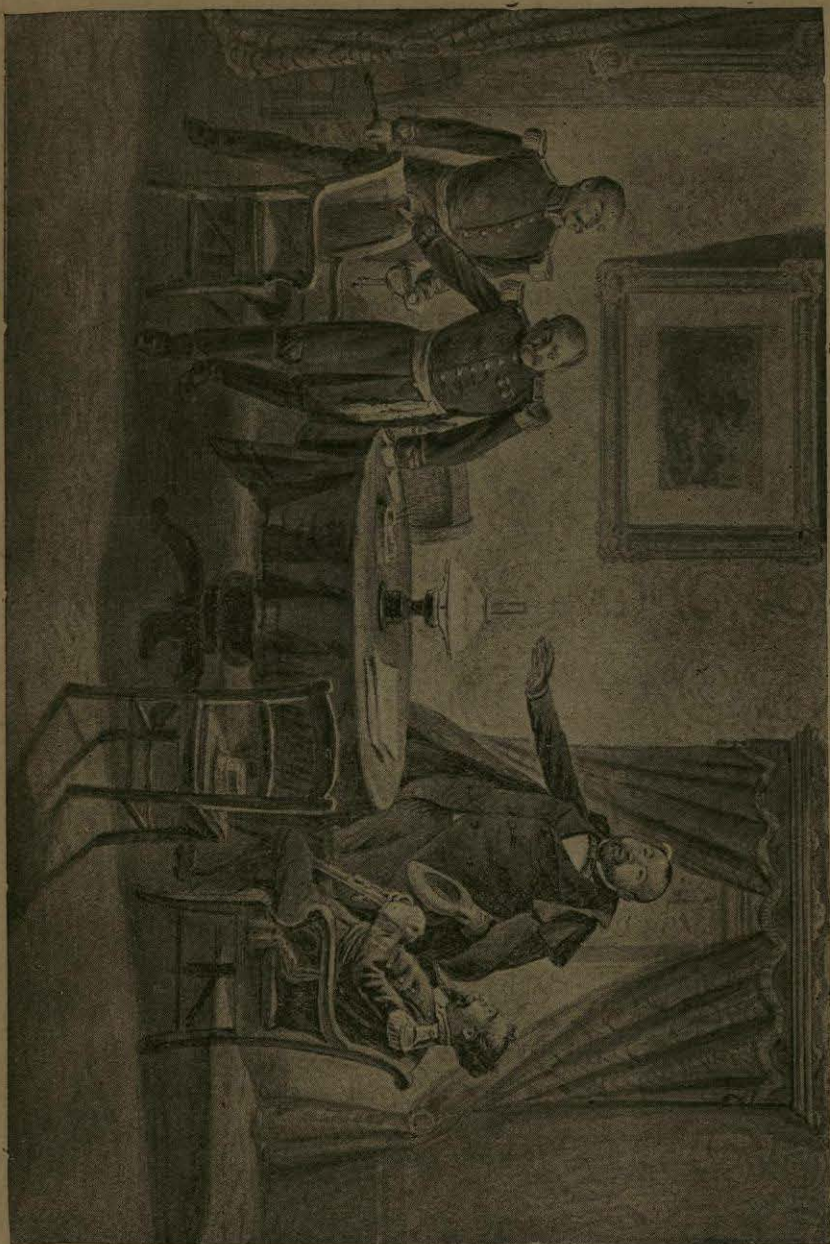
—¡Señor Presidente! exclamó Zires.

—En cambio yo les doy la mía de no proceder contra ustedes cuando ustedes me participen que ya van á levantarse.

Los tres se miraron sin saber qué contestar, y con la inquietud de quienes estando comprometidos no podían ponerse de acuerdo para dar una solución conveniente.

—Está bien, señores, dijo Comonfort levantándose: espero no olviden ustedes que he venido á buscarlos ofreciéndoles la oliva de la paz.

Se despidió y se fué; y hasta que ya había salido de



—Espero no olvidarán ustedes que he venido á brindarles con la oliva de la paz.

la casa de Haro y que los tres generales lograron reponerse de la sorpresa, Zires exclamó dando un fuerte puñetazo en la mesa, que hizo rodar el tintero:

—¡Debíamos haberlo cogido!

Y Pacheco:

—¡Debíamos haberlo matado!

—¿Ustedes creen que no tenía á sus gentes en la calle? preguntó Haro.

—¿Y qué? después de muerto. . .

Los tres generales se separaron á las diez, cariacontecidos, y durante una semana guardaron la mayor circunspección; pero volvieron á perder el miedo, conspiraron más abiertamente y fueron aprehendidos, desterrándoseles luego que el benigno gobierno se impuso de todos sus papeles comprometedores. Estaban convictos y confesos, y con toda cortesía se les mandó á veranear á otra parte, logrando Haro escaparse é ir á reunirse con su amigo el cura de Zacapoxtla, el cual había dado mucha guerra en los últimos meses, logrando reunir más de dos mil hombres que puso gustoso á las órdenes de Tamariz.

Tenemos que pasar por alto los mil acontecimientos que menudearon durante los primeros meses del gobierno de Comonfort, que no obstante su benignidad y su moderantismo fué cruelmente hostilizado por los miembros de la iglesia en primer lugar, y por los ambiciosos de baja estofa en segundo lugar, todo lo que tienen bien comprobado los historiógrafos, y dando un salto necesario, porque de otro modo nos eternizaríamos y tenemos ansia de llegar á la parte candente de nuestra relación, llegamos á una fecha que fué significativa entonces: el 14 de Abril de 1856.

Los balcones, las azoteas, las puertas, las aceras, las

calles que no tenían buenos pavimentos como ahora, todo estaba lleno de una concurrencia enorme, principalmente las avenidas de San Francisco y los alrededores de la Alameda. En donde está ahora el que llaman pabellón morisco, se levantó un templete y á los lados las tribunas para la concurrencia distinguida, pues que aquí inter nos, todos nuestros gobiernos democráticos han tenido tendencias á la aristocracia ó por lo menos á codearse con la cohorte que aquí se llama de elevada alcurnia. Se formó una valla de soldados desde la puerta de palacio hasta el primer escalón del templete, y por el centro de esa valla hizo el camino á pié el señor Presidente acompañado de sus ministros, de su Estado Mayor, del Ayuntamiento y de cuantos tenían participación en el escuálido presupuesto de entonces.

Por supuesto que tanto á la salida de palacio del primer magistrado y su séquito, como á su llegada al templete, con un intervalo de media hora, se dispararon salvas de veintiuñ cañonazos.

Mientras el Presidente, rodeado de sus generales cubiertos de galones, repartía la mar de cruces y medallas al ejército vencedor en Puebla, los ministros formaban dos grupos á derecha é izquierda, estando en el de la derecha, entre otros, Montes y Payno. Este último acababa de abrazar á un amigo íntimo que venía de Guanajuato.

—Cuéntame lo que hay, le dijo el amigo á quien llamaremos Blas Pérez, acabo de dejar la diligencia, que por cierto se nos volcó anoche, y no he tenido tiempo de enterarme; pero te divisé, me abrí camino con los codos y aquí me tienes.

—Sabrías por los periódicos que el eterno perdonado Haro y Tamariz, logró fugarse cuando lo llevaban á

Veracruz y unido al cura de Zacapoaxtla y á otros miles de descontentos que se le incorporaron, formó un grueso cuerpo de pronunciados por «religión y fueros» que se hizo fuerte en Puebla.

—Eso ya lo sé.

—Comonfort les tomó la plaza á viva fuerza, cogió á todos prisioneros, á nadie fusiló, según su costumbre, y ahora reparte las condecoraciones de la paz á los jefes y oficiales que llevaron á buen término aquella guerra.

—¡Bonito contraste! ¡guerra y paz!

—A quienes sí ha castigado soberanamente don Ignacio ha sido á los padres, mandándoles quitar algunos de sus bienes.

—Usted lo ha dicho, compañero, dijo Montes terciando en la conversación, algunos bienes solamente cuando debía quitárselos todos.

—Poco á poco se anda mucho, contestó Payno con calma, el señor Presidente no quiere dar golpes rudos que provocarían un levantamiento general.

—¿Y con qué levantarían siquiera diez hombres si los dejaran sin recursos? Usted sabe, compañero, tan bien como yo, que el dinero de la iglesia es el que hace todas las revoluciones.

Don Blas Pérez, temiendo que se agriara la conversación, la interrumpió preguntando:

—¿Y qué sigue después de esta ceremonia?

—Sigue un banquete, un gran banquete para quinientas personas, como nunca se ha visto en México. Están puestas ocho ó diez mesas enormes en la glorieta central de la Alameda, vé á verlas si quieres antes de que se vaya para allá la concurrencia. Presenta el local un golpe de vista soberbio.

—No, no voy, no me separo de tí porque quiero que me invites al banquete. ¿Podrás introducirme?

—Ya lo creo. En primer lugar yo he hecho todos los gastos como ministro de Hacienda, y luego, tú eres un hombre de importancia en la política.

Don Blas se sonrió, y en seguida se entretuvo mucho viendo el solemne reparto de las condecoraciones, que acabó hasta cerca de las tres de la tarde. Todos, á esas horas, estaban ya viendo estrellitas de pura necesidad y se precipitaron más que se dirigieron á ocupar sus asientos respectivos en las catorce mesas.

Como siempre la *mesa oficial*, aunque todas las mesas eran oficiales, se ocupó por el Presidente y por la crema de los personajes que figuraban en la política, en el ejército y en la diplomacia.

Las crónicas dijeron que las viandas y el servicio estuvieron espléndidos; pero no hay que creer á los cronistas de las fiestas porque generalmente cuentan muchas mentiras. En todas las grandes comidas los *restauranteros*, esto es, los dueños de las fondas, son los que hacen su negocio sacando sus conservas podridas, y en ellas frecuentemente es en donde pierden el estómago las generaciones enteras de los políticos.

Cuando se llegó al Champagne en la mesa oficial, y en las otras mesas, algo espumoso como sidra, que también dijeron que era champagne, se iniciaron los brindis por los ministros, siguieron los generales y después los diputados, diciéndose muy bonitas cosas; pero el brindis más resonante, y también más lleno de elocuencia y fogosidad, fué el de Guillermo Prieto, que pidió gracia para los vencidos.

—Hombre, dijo Cervantes oficial de alta graduación

á su compañero Calderón que tenía al lado, gracia para Haro y Tamariz que ha defecionado tantas veces!

—¿Y gracia de qué pena? preguntó Calderón, ¿á quién se intenta condenar á muerte?

—Nó, lo que se quiere es que no vayan á los presidios y que se les devuelvan los empleos.

—Dicen que mandarlos á Ulúa ó á Acapulco, es condenarlos á muerte.

—Pues de seguro que Comonfort los indultará á todos, pero así le irá.

—Sí, dentro de dos ó tres meses volverán á pronunciarse.

Los brindis se cerraron con uno de Comonfort.

Los que estaban cerca gritaron:

—¡Viva el primer hombre de Estado de América! . . . ¡Viva el héroe da la paz! . . . ¡viva el genio de la guerra y de la elocuencia! . . . ¡Viva el gran Comonfort!

Y terminó el banquete entre los plácemes de aduladores y adulados.



CAPITULO XII.

La Constitución de 1857.

ENTONCES no había más Cámara que la de diputados, seguramente porque el Senado se consideró inútil en este país, como siguen diciendo muchos que lo ha sido desde que se fundó, y las sesiones las celebraba el Congreso Constituyente en un amplio salón que se le destinó en un ángulo del Palacio nacional, salón que se quemó varios años después, quién sabe si por algún mal intencionado, habiéndose perdido á la vez algunos objetos históricos de alto precio. Las estrechas galerías se llenaban de concurrencia todas las tardes, y los que no cabían esperaban en los corredores las noticias respecto de la discusión y votación del proyecto de ley constitucional que habían presentado Arriaga y sus compañeros de comisión.

Los diputados contaban con un buen número de piezas contiguas para sus oficinas, y entre ellas estaba una